

Con Febo Pítico del arco de oro,  
De cuanto encierra su almo tesoro,  
Dispensadoras celestes son.  
Allí al Olímpico Padre, sentadas  
En refulgentes sillas doradas,  
Rinden eterna veneración.

¡Sagrada Eufrosina, de himnos amante;  
Aglaya augusta, del gran Tonante  
Hijas divinas, mi canto oid!  
Pues tanto agrádante dulces canciones,  
Mira ¡Talía! las ovaciones  
Que trajo al héroe la honrosa lid.

Cantar á Asópico mi lira quiere,  
Y al modo Lidio sus cuerdas hiera  
Mi bien templado fino marfil;  
Porque en la Olímpica lucha gloriosa  
Por tus favores ¡potente Diosa!  
La sacra Minia luce entre mil.

¡Eco! A Cleódamo la grata nueva,  
De Proserpina, clamando, lleva  
A la morada de eterno horror;  
Y de su vástago la tierna frente,  
Díle que en Pisa ciñó fulgente  
El lauro alado del vencedor.

## ODAS PÍTICAS.

---

---

ODA PRIMERA.

---

Á GERÓN ETNEO, REY DE SIRACUSA,

VENCEDOR CON EL CARRO.

¡Preciosa lira de oro,  
Del Castálide coro  
Y de Febo, delicias é instrumento!  
De las danzas triunfales  
Tus ecos son señales:  
Tú riges su compás y movimiento,  
Y de tu són, al empezar la fiesta,  
Se ve pendiente la armoniosa orquesta.

Tú, con acento tierno,  
El fuego sempiterno  
Del penetrante rayo apagar sabes.  
Por tu voz arrullada,

En el cetro posada  
De Júpiter, la reina de las aves  
Con las alas caídas se adormece:  
Blanda nube sus ojos oscurece.

Su cabeza arrogante  
Con el pico punzante  
En plácido sopor toda se anega;  
Tu vibración divina  
Al águila domina  
Y su espalda fortísima doblega,  
Y ablanda el pecho del violento Marte  
Que depone su lanza al escucharte.

Al corazón derechas  
De los Dioses, tus flechas  
Van, por Febo y las Musas disparadas.  
Cuando, en tierras ó en mares,  
Al oír los cantares  
Que entonan las Piérides sagradas,  
De terror algún hombre se estremece,  
Es porque Jove Sumo lo aborrece.

Así en atroz castigo  
Tifeo, el enemigo  
De las Deidades, en el Orco gime.  
Nutrieron sus cien bocas  
De Cilicia las rocas,  
Y Cumas hoy su hirsuto pecho oprime;  
Y aplasta su cabeza el Mongibelo,  
De nieve creador, pilar del cielo.

En su seno profundo,  
De fuego furibundo  
El Etna nutre inagotables fuentes.  
De día, negra nube  
Espesa al éter sube;  
Mientras de noche, líquidos torrentes  
De lava, el monstruo de Vulcano arroja,  
Que al mar girando van, cual sierpe roja.

Contemplar es tremendo  
El prodigio estupendo:  
Terrible, si alguien de Sicilia llega,  
Oír que encadenado  
Está el gigante osado  
En la selvosa cima, y en la vega  
Del Etna ponderoso: duro lecho  
Que desgarró al Titán espalda y pecho.

Alcance yo la suerte  
¡Oh Jove! de placerte,  
A tí, que de este monte eres monarca,  
Cuya sublime altura  
Como frente fulgura  
De la ferace Sícula comarca,  
Y cuyo nombre dió, con nuevo lustre,  
A su ciudad el fundador ilustre.

El Pítico trofeo  
Al alcanzar, ETNEO  
El heraldo á Gerón alto pregona.  
Si, cuando el ancla leva,

Favorable se eleva  
 Viento que llena la extendida lona,  
 El marinero alégrase, y predice  
 A su nave retorno aun más felice.

Así esta alta victoria  
 A Etna promete gloria,  
 Y banquetes, y música y laureles.  
 Tiempo vendrá que asombre  
 Al mundo el gran renombre  
 Que le darán sus rápidos corceles.  
 Oye las preces que á tu trono elevo,  
 Rey de la errante Delos, Licio Febol!

¡Dios á quien tanto place  
 La selva donde nace  
 En el Parnaso la Castalia fuente!  
 Concede á estas regiones  
 Magnánimos varones.  
 El que fuerte nació, sabio, elocuente,  
 Lo debe á las Deidades; que sin ellas  
 De la virtud no seguirá las huellas.

Al gran Gerón yo quiero  
 Hoy ensalzar, y espero  
 Mi aguda flecha no vibrar en vano.  
 Más lejos que ninguna  
 La hará llegar Fortuna,  
 Y á mis rivales vencerá mi mano.  
 ¡Tráigale el tiempo dicha y opulencia;  
 Olvido y curación de su dolencia!

Recordar sus campañas  
 Pudiera, y las hazañas  
 Que consumó con temerario arrojo;  
 Y el enemigo fuego  
 Que más que á ningún Griego  
 Poder le dió, y un cetro en sangre rojo.  
 Cual Filoctetes, militó doliente,  
 Y á amigos ruegos se rindió el valiente.

De aquel la historia narra  
 Que mientras le desgarrar  
 Allá en Lemnos la pierna úlcera horrenda,  
 Vienen héroes (iguales  
 A dioses inmortales)  
 Y lo llevan por fuerza á la contienda,  
 Do pone fin de Troya al largo asedio,  
 Y de los Griegos al trabajo y tedio.

Enfermo todavía,  
 Ni caminar podía  
 El gran flechero que engendró Pëante;  
 Mas decretado estaba  
 Que el Griego sin su aljaba  
 Jamás entrara en Ilión triunfante.  
 ¡Dios á Gerón también propicio sea!  
 Con la salud le dé cuanto desea.

¡Óyeme, oh Musa amiga!  
 Y ven de la cuadriga  
 Los triunfos á cantar á Dinomenes;  
 Que no es para un buen hijo

Ajeno regocijo  
 El ver ornadas las paternas sienes.  
 Un himno grato al heredero entona,  
 Musa gentil, de la Étnica corona.

Para él Gerón augusto  
 A Etna ha fundado; y justo  
 Le concedió la libertad divina,  
 Y el sabio código Hilio;  
 Porque agrada al Panfilio,  
 Y á los que del Taigeto en la colina  
 Moraron, nietos de Heraclidas reyes,  
 De Egimio conservar las Dorias leyes.

Su código sagrado,  
 El pueblo afortunado  
 Trajo del Pindo, al río cristalino  
 Que baña á Amicla santa;  
 Donde sus tiendas planta,  
 De los divos Tindárides vecino,  
 De blancos potros domadores diestros,  
 Y en vibrar el lanzón grandes maestros.

¡Oh Júpiter! Ordena  
 Que cuantos del Ameña,  
 Pueblos y reyes, moran en la orilla,  
 Conserven el renombre  
 Que la opinión del hombre  
 Les da; y el héroe que en el trono brilla  
 Con la voz y el ejemplo á su hijo guíe,  
 Nos dé la paz, y la invasión desvíe.

¡Oh Saturnio! Concede  
 Que tranquilo se quede  
 El lidiador Fenicio en su Cartago;  
 Y de su ataque brusco  
 Desista el fiero Etrusco,  
 Recordando de Cumas el estrago,  
 Do, sumergida su dispersa flota,  
 A sus huestes hirió fatal derrota.

De servidumbre fiera  
 Libró á la Grecia entera  
 La armada del Señor Siracusano.  
 Quiero cantar la ruina  
 De Persia en Salamina  
 Por el valor de Atenas sobrehumano;  
 Y el que mostrara Esparta, alto denuedo,  
 En Citerón, contra el arquero Medo.

Mas no les cede en gloria  
 La sublime victoria  
 Cabe las claras linfas del Himera.  
 Gerón allí y su hermano,  
 Junto á su padre anciano,  
 Desbarataron multitud guerrera.  
 Mi agradecida musa les ofrece  
 Himno triunfal, que su valor merece.

Quien mucho en breve canto  
 Dice, no excita tanto  
 De maliciosos émulos la envidia.  
 Soy breve; que al oyente

De ánimo más paciente  
 Prolijo panegírico fastidia,  
 Y la alabanza de ínclitas acciones  
 Suele roer ajenos corazones.

¿Qué importa? Nunca al bueno  
 De la Envidia el veneno,  
 Siempre el desprecio al infeliz aflige.  
 Sigue, pues, animoso  
 Tu camino glorioso:  
 Con seguro timón tu pueblo rige;  
 Y en roja fragua de verdad egregia  
 Refunde con valor tu lengua regia.

Cuanto de tí proviene  
 Doble esplendor obtiene,  
 Aunque trivial lo juzgues y sencillo.  
 Cien ojos te rodean:  
 Que en tí mancha no vean,  
 ¡Oh de mil pueblos príncipe y caudillo!  
 Si en algo estimas á la dulce Fama,  
 El oro en torno liberal derrama.

A fuer de buen piloto,  
 Apenas sople el Noto  
 Iza de tu bajel todas las velas.  
 A adulator fingido  
 No escuches, Rey querido,  
 Si en la posteridad vivir anhelas.  
 Los poetas no más, é historiadores  
 Entonañ de los muertos los loores.

No muere la memoria  
 De Creso. Mas ¿qué gloria  
 A Faláride trajo el férreo toro?  
 Celebrar al verdugo  
 A la lira no plugo,  
 Ni de niños ó vírgenes al coro.  
 Primero es la virtud; luégo el renombre.  
 Si ambos obtiene, ¿qué más quiere el hombre?

---

ODA SEGUNDA.

---

AL MISMO GERÓN,

VENCEDOR CON EL CARRO.

¡Oh Siracusa, bella y populosa,  
Templo de Marte, madre de bridones  
De batalla, y de gente belicosa!

Portador de encomiásticas canciones,  
Vengo de Tebas, tu brillante amiga,  
A que otra vez á tu Gerón coronas,

Que siempre vencedor con la cuadriga,  
Hoy nuevos lauros en el circo gana  
Con que adornar á su natal Ortiga,

Isla do reina la fluvial Diana,  
Sin cuyo auxilio, á la dorada rienda  
Los potros sujetar, empresa es vana.

Porque antes que Gerón la lid emprenda  
Viene siempre la Virgen cazadora  
Con Mercurio, señor de la contienda;

Y mientras á Neptuno el Rey adora,  
Los dioses enjaezan los corceles  
Que él unce á la cuadriga voladora.

Cada monarca sus poetas fieles  
Que lo celebren tiene. De Cinira  
Cantar ¡oh Chipre! los loores sueles,

Que al blondo Numen de la dulce lira  
Y á Venus grato fué. ¡Conducta bella  
Que al trovador la gratitud inspira!

A tí en Zefiria la Locrés doncella,  
Que merced á tus dotes singulares  
El paterno solar tranquila huella,

Al pie de sus pacíficos altares,  
¡Hijo de Dinomenes! te proclama  
Sin igual en la tierra y en los mares.

Del mísero Ixión narra la fama  
Que en la rueda girando eternamente,  
Por orden de los Dioses así exclama:

«Paga ¡oh mortal! con gratitud ardiente  
Los beneficios de amorosa mano.»  
¡Ay! Lo aprendió á su costa el insolente!

Vida y felicidad al soberano  
Jove debiendo, quiso fementido  
Llegar á Juno con amor insano.

El Padre de los Dioses, ofendido  
En su altísimo honor, castigo eterno  
Lanzó contra el adúltero atrevido.

Por su culpa en el fondo del Averno  
Precipitado, inexplicable pena  
Por dos crímenes sufre en el Infierno.

Él fué el primero de la gente Helena  
Que en sangre de un pariente, derramada  
Con vil traición, manchó la patria arena;

Y, profanando la mansión sagrada  
De las Deidades, requirió de amores  
De Jove á la consorte venerada.

Empresas á sus fuerzas superiores  
Nadie acometa. Se trocó en espina  
El que Ixión creyó lecho de flores,

Y en vez de Juno, nube blanquecina  
Pagó su amor, aunque era en apariencia  
De Saturno inmortal la hija divina.



De Júpiter formó la omnipotencia  
Aquel fantasma: seductor engaño  
Que trajo al triste la fatal sentencia.

Y encadenado pasa año tras año  
Sobre el cuádruple rayo de la rueda  
Que él mismo se forjó para su daño;

Y sin que miembro alguno mover pueda,  
Es su martirio prueba permanente  
Del alto axioma que estampado queda.

Del matrimonio singular, un ente  
Más singular nació; de los mortales  
Y los Dioses odiado juntamente.

*Centauro* se llamó; las inmortales  
Gracias huyeron de él; y sus amores  
Fueron ¡horror! con brutos animales.

Las yeguas de Magnesia, corredores  
Hijos le dieron: monstruos en figura  
Iguales á sus dos progenitores.

La parte superior les dió Natura  
De perfecto varón: el resto ofrece  
Del caballo la forma y la soltura.

A la Divinidad todo obedece:  
Al águila en los aires ella alcanza;  
Pasa al delfín que entre los mares crece.

Del orgulloso abate la pujanza,  
Y se complace en elevar al bueno  
A sempiterna gloria y bienandanza.

Nunca mis labios el letal veneno  
De la calumnia viertan: la memoria  
De Arquíloco mordaz sirva de freno.

En murmurar cifró su triste gloria;  
Y cuitas, y miserias, y pobreza  
Le produjo su lira infamatoria.

Cuando en el sabio, á mundanal riqueza  
Vemos unida próspera fortuna,  
Bajemos admirados la cabeza.

En tí el ingenio ¡oh Príncipe! se aduna  
A la riqueza; y distribuirla sabes  
Con mano liberal, sin duda alguna.

De mil ciudades ínclitas las llaves  
Guardan tus regias arcas. ¿Quién se precia  
De poseer más pueblos y más naves?

El que dijere que ha reinado en Grecia  
Otro más poderoso y opulento,  
Une á crasa ignorancia mente necia.

Quiero las velas todas dar al viento,  
De mi flota triunfal; y en tu alabanza  
Himnos cantar con inspirado acento.

¿Quién igualó tu bélica pujanza  
 Cuando luchaste, joven arrogante,  
 En batallas de eterna remembranza?

Sintió tu fuerza el enemigo infante  
 En las lides á pie. Todo cedía  
 De tu corcel al ímpetu arrogante.

Tu prudencia y sin par sabiduría  
 En la madura edad, asunto nuevo  
 Para elogiarte, dan á la voz mía.

¡Salve! A través del mar mi canto llevo.  
 Que cual Fenicia droga acepto sea  
 A tus oídos, á esperar me atrevo.

En él, la melodía Castorea  
 De la Eólica cítara adaptada  
 A la séptima cuerda, tu ojo vea.

Siempre al nivel de tu misión sagrada  
 Muéstrate ¡oh Rey! y no cual rapazuelo  
 A quien el mono imitador agrada.

Sírvate Radamanto de modelo,  
 Que, justo juez y príncipe prudente,  
 Reina feliz bajo el Eliseo cielo.

Nunca al adulator ni al maldiciente  
 Quiso escuchar, ni la calumnia infame,  
 Del inventor rüina y del oyente.

Zorra falaz, ¿qué mal hay que no trame  
 El vil calumniador? Mas nunca puede  
 Lucrar, aunque su tósigo derrame.

Cubren las aguas la marina rede,  
 Y el corcho indicador ligero flota,  
 Aunque la espuma por encima ruede.

Tal la calumnia contra mí se embota;  
 Que por hallar entre los buenos gracia,  
 Sus mañas el mendaz en vano agota;

Mas de mentir á todos no se sacia  
 Hasta que siembra por doquier la duda.  
 ¡Lejos de mí tan impudente audacia!

Yo á mis amigos doy abierta ayuda,  
 Y hago, á guisa de lobo, á mi adversario  
 De frente ó por la espalda guerra cruda.

A la lengua veraz, nunca contrario  
 Gobierno alguno fué: le abre contento  
 El monarca su techo hospitalario;

Donde domina el pueblo turbulento  
 Penetra; y en la altiva oligarquía  
 El noble senador la escucha atento.

A la Divinidad locura impía  
 Es oponerse: si á quien no merece  
 Sino castigos, opulencia envía,

También al justo espléndida engrandece,  
Y con renombre sus virtudes paga.  
¡Suerte feliz que al envidioso escuece!

Nada su sed devoradora apaga,  
Y en su insensato afán, se abre en el pecho  
Con su propia pasión profunda llaga.

Siempre mi yugo llevaré derecho;  
Es vano resistir al acicate:  
De mis calumniadores á despecho  
Bueno seré, y amigo del magnate.

---



---

ODA TERCERA.

---

AL MISMO GERÓN.

VENCEDOR CON EL CABALLO DE SILLA.

Quisiera yo, si lícito á mi canto  
Fuera expresar el público deseo,  
Quisiera yo que de la Estigia arena  
Tornara á respirar los patrios aires  
El gran Quirón, de la gentil Filira  
Y del divo Saturno, hijo del Cielo,  
Progenie poderosa; y en los valles  
Verlo otra vez reinar, del Pelio monte,  
A los ojos del vulgo extraña fiera,  
Pero del hombre amigo. En otro tiempo  
A Esculapio educó, varón insigne,  
Descubridor benéfico de plantas  
Que quitan el dolor y restituyen  
La perdida salud, y de los males  
Más arraigados, médico celeste.

Antes que, con la ayuda de Lucina,  
De las madres amparo, á luz lo diera  
Del viejo Flegia (espléndido jinete)  
La hija infeliz, á la morada oscura  
De Plutón descendió, víctima triste  
De las iras de Apolo, y por las áureas  
Flechas de Diana, en su retrete herida,  
La veleidosa ninfa: que no yerra  
Jamás la indignación de la pro genie  
De Júpiter augusto. A la culpable  
Celestiales amores no bastaron;  
Y en víspera de unirse ante los Dioses  
Al rubio Febo, ya marido oculto,  
Insana se arrojó en ajenos brazos.

No la contuvo ni el divino infante  
Que en su seno llevaba, ni el banquete  
Nupcial ya aparejado, ni los cantos  
Solemnes de himeneo, ni los coros  
De vírgenes, antiguas compañeras,  
Que el dulce epitalamio repetían.  
Le devoraba el pecho, de extranjero  
Príncipe el loco amor; como acaece  
A muchos en el mundo, que desprecian  
La patria y sus beldades, y corriendo  
De ilusiones en pos, lo extraño buscan  
Y con necia pasión lo extraño adoran.

Tremendo fué el castigo que la falta  
De Corónide, frágil cuanto bella,  
Trajo á la tierra. Al ojo vigilante

Del Numen, no escaparon las caricias  
Del Arcádico huésped. En Pitona  
De inmoladas ovejas recibiendo  
El humo santo, á la sazón se hallaba  
El Loxio Rey; mas el remoto crimen  
Al instante miró. Consigo mismo  
Apolo delibera, y los consejos  
De su divina mente, que ve tódo  
Y todo sabe, que engañar no puede,  
Y á quien no engaña ni mortal ni numen  
Con hechos ó palabras, sólo escucha.

El adulterio de Isquis Elatida  
A castigar, y de su esposa el dolo,  
A su celeste hermana, respirando  
Furor irresistible, envía Febo  
A Lacerea, do la infiel habita  
Del Bebíade lago en la ribera.  
El mismo adverso numen, que al pecado  
A la ninfa llevó, la empuja ahora  
A destrucción funesta; y juntamente  
Muchos de la región circunvecina  
Mueren con ella. Chispa fué su culpa  
Que, pequeña al caer en la montaña,  
En breve devoró la selva entera.

De la infeliz Corónide el cadáver  
Colocan los tristísimos parientes  
En la funérea pira: ya la llama  
Tremenda de Vulcano la circunda  
Y á devorarla va. La mira Febo,

Y conmovido exclama: «No, no sufre  
 Mi tierno corazón, que con la madre  
 Adúltera, mi vástago inocente  
 Aun antes de nacer, muerte horrorosa  
 Entre el fuego padezca.» Así diciendo,  
 De un solo paso llega hasta la pira.  
 La llama reverente abre camino  
 Al afligido Numen, que del seno  
 De la difunta madre al hijo saca;  
 Y al buen Centauro, de Magnesia gloria,  
 Lo entrega, suplicándole que el arte  
 De curar las dolencias de los hombres  
 Le enseñe diligente.

## Aprovechado

El discípulo fué. Cerrar sabía  
 Las úlceras que nacen espontáneas,  
 Y las heridas que enemigo hierro  
 Abre profundas, ó lejana piedra.  
 Las estivales fiebres, y las graves  
 Dolencias que producen los rigores  
 Del Invierno, sanaba. Diferentes  
 Eran, según los males, los remedios.  
 A quién mágicos cantos recetaba,  
 A quién pócima amarga; á este envolvía  
 En suaves hierbas la dañada parte;  
 A otros, en fin, del lecho de dolores  
 Con ardua amputación alzaba diestro.

Mas ¡ay! ¿Por qué se rinde á la codicia  
 Aun el más sabio? También él, con oro

Que á montones hicieron en sus manos  
 Brillar, se corrompió; y osó á la muerte  
 Arrebatár á Hipólito difunto.  
 Júpiter irritado, á ambos dispara  
 Rayo homicida, que el vital aliento  
 Del pecho les arranca, y á cenizas  
 Los reduce instantáneo. Los mortales  
 Conviene que á los Númenes pidamos  
 Lo que al alcance está de nuestra pobre  
 Naturaleza humana, harto pequeña  
 Como bien conocemos.

¡Alma mía!

No aspire más allá de lo posible  
 Cual si fueras deidad; pero sí agota  
 Hasta el último límite tus fuerzas.

Si el prudente Quirón aun habitara  
 La conocida cueva, y mis canciones  
 En su ánimo gentil mágico influjo  
 Pudieran ejercer, en dulces himnos  
 Al médico sublime rogaría  
 Que en persona viniese, ó á lo menos  
 A algún hijo de Jove ó de Latona  
 Mandase á combatir la aguda fiebre  
 Que á magnánimos héroes atormenta.  
 Yo mismo, el Jonio mar atravesando  
 En rauda nave, ansioso volaría  
 A la fuente Aretusa, y á mi agosto  
 Amigo, de Etna fundador, que rige  
 De la fiel Siracusa los destinos,

Del bueno protector, con sus vasallos  
 Liberal y cortés, y tierno padre  
 Del extranjero; y si al saltar en tierra  
 Le pudiera ofrecer mi amante pecho  
 Dos ricos dones: la salud, que el oro  
 Más preciada, y el cántico solemne  
 Que da tanto esplendor al Pitio lauro  
 Que á mil venciendo conquistara en Cirra  
 El corredor Ferénico, yo juro  
 Que de mi amado Príncipe á los ojos  
 Mi faz más apacible brillaría  
 Que el sol en la mitad del firmamento.

Mis preces, entretanto, á la gran Madre  
 Dirijo, de los Númenes; augusta  
 Deidad, á quien entonan las doncellas  
 Y al venerado Pan, nocturnos himnos  
 Frente al portal de mi morada humilde.

Tú, que las letras amas, y á la cumbre  
 De la ciencia has llegado; tú en las obras  
 ¡Docto Gerón! de los antiguos vates,  
 Has leído *que al hombre dan los Dioses*  
*Con cada bien dos males.* Tal destino  
 Con varonil resignación no puede  
 El necio soportar; pero los sabios  
 La brillantez del bien tan sólo miran,  
 Y los males desprecian y se esconden.

Tú, Rey, aunque doliente, eres dichoso;  
 Que si en el mundo puede afortunado

Alguien llamarse, lo es el que gobierna  
 Con justo cetro súbditos leales.  
 Pero no juzgues que perpetua dicha  
 Siguió, ni aun al Eácida Peleo  
 Ni á Cadmo el semidiós, si bien la Fama  
 Declara á ambos á dos, de los mortales  
 Los más felices. Y, en verdad, tuvieron  
 La suerte de escuchar los dulces cantos  
 De las divas Piérides: el uno  
 Allá en el monte Pelio, cuando á Tetis,  
 Del prudente Nereo ínclita prole,  
 Recibió por esposa; el otro en Tebas,  
 La de las siete puertas, cuando el lazo  
 Nupcial lo encadenó con Armonía,  
 Ninfa gentil de seductores ojos.

Los Dioses al festín en ambas bodas  
 Se dignaron bajar; y en áureas sillas  
 Sentados á su mesa, contemplaron  
 Los novios á los hijos de Saturno,  
 Y de sus regias manos recibieron  
 Celestiales presentes. Los favores  
 De Jove compensaron con usura  
 Pasados infortunios; y su pecho  
 Recobró la esperanza. Mas en breve  
 Trocó en dolor de Cadmo la alegría  
 De sus hijas el fin; sin que á Tiona  
 Valiera ser esposa del Tonante.  
 El hijo de Peleo, única prole  
 Que Tetis inmortal le diera en Ftía,  
 En la guerra murió, por alevosa

Flecha herido en el pie: sus funerales  
Llanto arrancaron á la Griega hueste.

Mortal que á no desviarse de la senda  
De sólida virtud está resuelto,  
Debe aceptar con alma generosa  
La suerte que los Númenes le mandan.  
La dirección del viento á cada rato  
Cambia y la fuerza. Breve tiempo dura  
La dicha de los hombres, cuando baja  
Con ímpetu sobre ellos. Seré humilde  
Con los humildes, grande con los grandes,  
Reverente aceptando mi fortuna,  
Y ajustando á mis medios mis costumbres.  
Y si grandes riquezas me donare  
La Providencia, conseguir espero  
También alto renombre y fama eterna.  
Néstor el magno y Sarpedón de Licia,  
Celebrados doquier, su gloria deben  
A los cantos armónicos que vates  
Insignes compusieron. Las virtudes  
Se eternizan con ínclitos poemas;  
Pero á muy pocos conseguirlo es fácil.

---



---

ODA CUARTA.

---

Á ARCESILAO, REY DE CIRENE,

VENCEDOR CON EL CARRO.

Al amado varón que de Cirene,  
Rica en caballos, ciñe la corona,  
Acompañar ¡oh Musa! hoy te conviene  
En su marcha triunfal: la suave lona  
De tu dulce bajel céfiro llene  
Al cantar á los hijos de Latona,  
Y á Delfos, do, veraz sacerdotisa,  
Vaticinó la augusta Pitonisa.

Entre las áureas águilas sentada  
De Jove salvador, llena la mente  
Del Numen que allí tiene su morada,  
Al gran Bato mandó que á Libia ardiente,